



Ana Benkel de Vinocur

SOBREVIVIENTE DE AUSCHWITZ

Ana Benkel de Vinocur

SOBREVIVIENTE DE AUSCHWITZ

Ana Benkel de Vinocur —más conocida como Ana Vinocur— tenía una personalidad tan carismática y magnética que era imposible estar en su presencia sin quedar impactado. Irradiaba luz en su mirada y en su sonrisa, iluminando a las personas a su alrededor. ¡¿Quién podría imaginar que detrás de esa sonrisa hubo tanto sufrimiento?!

Nació en 1926 en Lodz, Polonia, inmigró a Uruguay en 1947 y falleció en Montevideo, Uruguay, en el 2006.

El comienzo de su infancia fue feliz, rodeada del amor de su familia, aunque a veces sentía discriminación por ser judía

Más adelante, siendo una niña aún, sufrió la Shoá —el Holocausto del pueblo judío— en el Ghetto de Lodz y los campos de concentración y exterminio de Auschwitz y Stutthof durante la Segunda Guerra Mundial. Un total de 80 miembros de su familia fueron asesinados, incluyendo a sus padres y su hermanito Leibush, por haber nacido judíos. De toda su familia en Polonia solo sobrevivieron su hermano Enrique Benkel y ella.





Su pulsión de vida y su inteligencia para saber cómo actuar y qué decisiones rápidas tomar frente al extremo peligro, así como el azar, la salvaron.

Tenía una voz extraordinaria y cuando una *kapo* (encargada de mantener el orden en un subgrupo de personas, a través de la fuerza) de su barraca del campo de concentración preguntó quién sabía cantar en polaco, ella interpretó una canción y por eso le dio algo más de pan y la posibilidad de bañarse mientras siguió cantando durante varios días. Significaba poder sobrevivir un poco más.

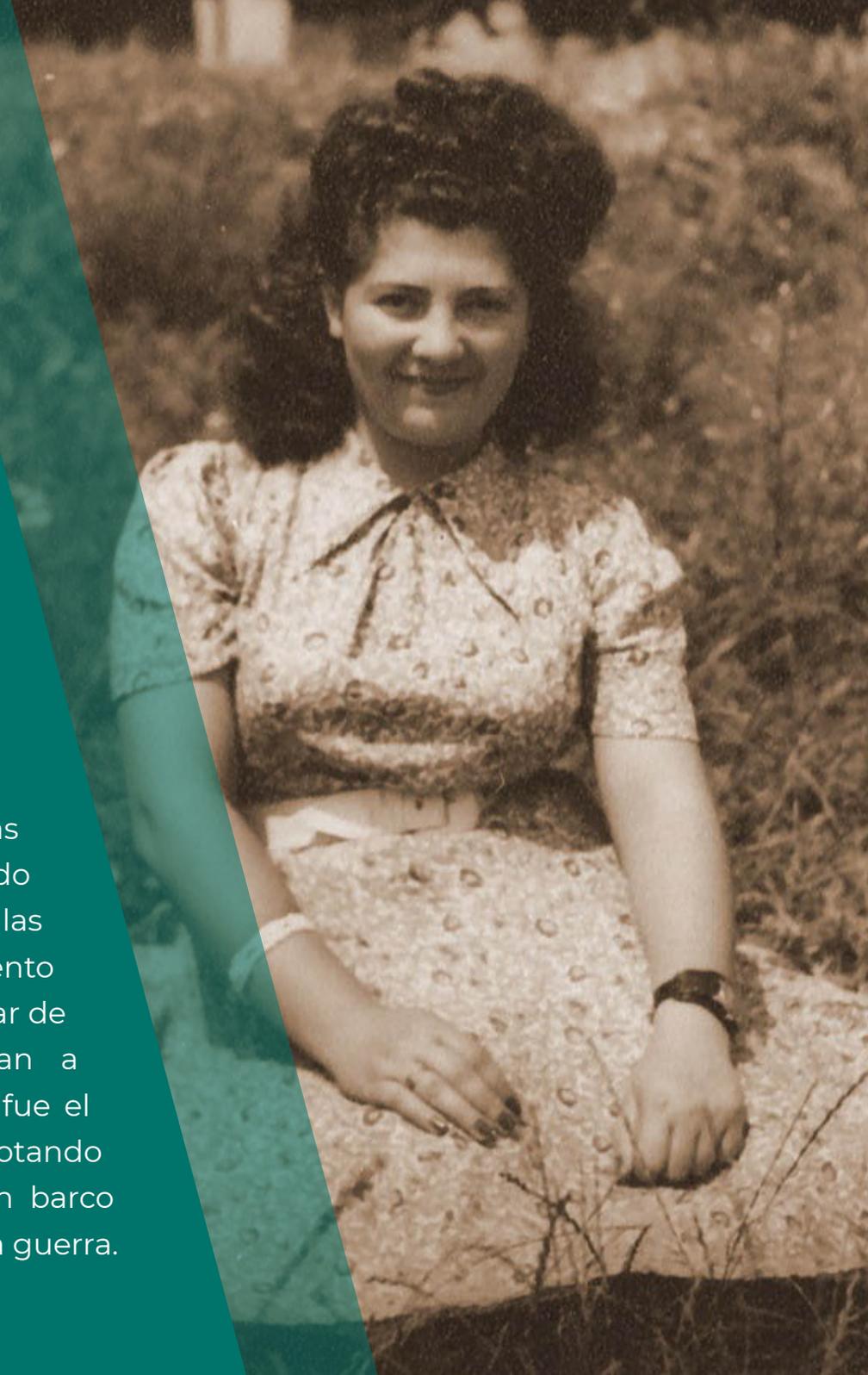
Hay dos relatos que siempre estaban presentes en sus charlas sobre su vida en la Shoá: el de la cascarita de remolacha y el del peine.

Cuando en determinado momento los nazis decidieron trasladar a las internas del campo de concentración y exterminio de Auschwitz hacia el campo de concentración de Stutthof, les dijeron a ellas que se iba a hacer una “selección”: las débiles y enfermas iban directo a las cámaras de gas y las que estaban mejor, podían vivir... transitoriamente. Y Rivka, la mamá de Ana, estaba muy demacrada. En el momento de la selección, y ya estando ambas en la cruel fila que iba a decidir su destino próximo, se le pegó a Ana una cascarita de remolacha en la planta de su pie y ella tomó una decisión que en ese momento le salvó la vida a su mamá: disimuladamente (porque estaban permanentemente siendo observadas), le hizo caricias en las mejillas con la cascarita en la palma de su mano, dándole más color a su rostro. Con el semblante sutilmente maquillado por esa cascarita, la mamá de Ana pudo atravesar esa dura selección y sobrevivir un tiempo más.

Otro relato icónico es el del peine. En el campo de Stutthof, Ana vio a una mujer con un peine en un estuche, y en ese momento su cabello ya le había crecido un poco (rapaban a todas las mujeres al llegar a Auschwitz). Ana quería peinarse para sentirse un ser humano otra vez. Para lograr tener ese peine lo intercambié por lo único que tenía: su ración de pan de todo el día, o sea, le dio un trozo de vida. Simbolizaba su necesidad de seguir siendo una persona, a pesar de todo. Ese peine se conserva hasta hoy en día en el Museo de la Shoá de Uruguay.

Luego Ana y su mamá contrajeron tifus y disentería en Stutthof, y su madre no pudo resistirlo. Falleció en sus brazos poco tiempo antes de terminar la guerra, sin que Ana pudiera hacer absolutamente nada para salvarla.

Poco tiempo después, fue obligada por los nazis, junto a otras internas, a trasladarse en marcha forzada hacia el puerto, estando exhaustas y raquíticas. Debían hacer de pantalla en los barcos que las llevarían a través del Mar Báltico a Alemania, para llevar armamento poniendo una gigantesca cruz roja atravesando el barco para tratar de impedir que los Aliados los bombardearan porque llevaban a “prisioneras”. De todos modos, los Aliados lo hicieron y el suyo fue el único navío que no llegaron a hundir por completo. Quedaron flotando sobre los restos del barco averiado y fueron rescatadas por un barco alemán de la Wehrmacht quienes sabían que ya habían perdido la guerra.





Ana, estuvo 2 años en hospitales de la ciudad de Kiel, Alemania recuperándose de desnutrición severa y tuberculosis.

Su hermano Enrique estaba en ese momento en Italia. Cuando entraron a Auschwitz habían dividido a la familia porque los hombres eran separados de las mujeres y no sabían nada uno del otro. El padre de Ana, Henoj Wolf, fue enviado de inmediato a la cámara de gas. Al hermanito pequeño, Leibush, ya se lo habían llevado y asesinado antes con los niños del ghetto de Lodz

Enrique (Herschek) sabía que su madre tenía parientes en un pequeño país de Sud América llamado Uruguay, en su capital Montevideo. Al terminar la guerra escribió una carta a la calle que recordaba, calle Zabala, pero escribió cualquier número en el sobre, y ese era un número inexistente, pero tenía los nombres de sus tíos exactos y el cartero llevó la carta a la casa correcta. Y los tíos lograron que Enrique viniera a Uruguay. Estando ya en el país, él comenzó a buscar a su hermana Ana a través de la Cruz Roja Internacional. Cuando le llegó la carta a Ana al sanatorio, ese fue el día más feliz de su vida, porque al menos un integrante de su familia en Polonia estaba con vida, su tan amado hermano Enrique. Y ella vino al Uruguay.

Pasó a vivir en la casa de sus tíos Beinish y Hinde quienes habían inmigrado al país antes de la guerra y tuvieron a sus hijos aquí.

Ana brindó su impresionante testimonio principalmente en centros educativos públicos y privados de la educación formal e informal a través de toda la República Oriental del Uruguay, siendo la primera sobreviviente en hacerlo y la única en Uruguay y en varios países de Latinoamérica por mucho tiempo.

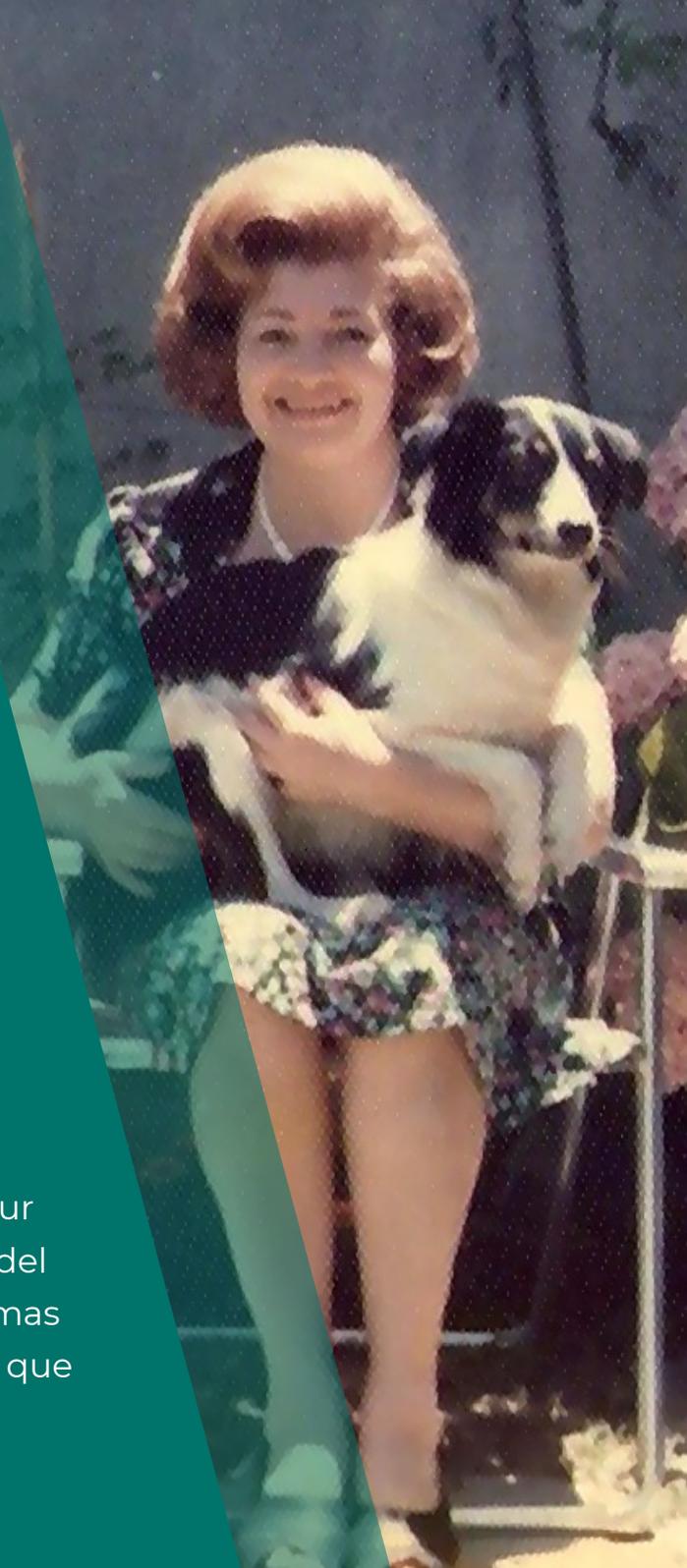
También brindó testimonio a todos los medios de comunicación. Escribió libros que han sido fuente de inspiración y fortaleza a tantos que sienten que su vida es muy cruel y al leer sus páginas renuevan sus ganas de seguir adelante y luchar por una vida mejor. Esa necesidad de contar fue su faro y guía, con el objetivo del “nunca más”. Lograba una gran conexión con su audiencia, y un nivel de empatía difícil de explicar en palabras.

En Uruguay encontró el amor, se casó con Alberto Vinocur, tuvo dos hijos Víctor y Rita de quienes nacieron sus 4 nietas Naty, Ronit, Ilana y Sharon de quien nacieron sus 2 bisnietos Johana y Gadi.

Amó Uruguay con toda su alma al igual que todos los sobrevivientes del Holocausto que llegaron al Uruguay quienes sintieron que su pueblo les abrió los brazos para poder ganarse su sustento en paz y formar familias a semejanza de las que habían perdido.

Ana dejó profundas huellas en la gente que la escuchó y la vio personalmente y hasta hoy en día la recuerdan y cuentan sobre ella a tal punto que las nuevas generaciones la conocen por sus relatos sin odio, pero también por sus testimonios a través de videos, que transmiten su fuerza y su energía.

Desde el Municipio CH se nos planteó la hermosa posibilidad de nominar Ana Vinocur a la calle que va desde el Faro de Punta Carretas hasta la Rambla, dentro del marco del proyecto Mujeres al Faro. Ello de muchas maneras homenajea a millones de víctimas asesinadas en la Shoá (Holocausto) y a las que sobrevivieron, especialmente los que llegaron a nuestro querido Uruguay.





Y de esa manera extenderlo para que sea un estandarte en defensa de los derechos humanos, para que nadie sea discriminado por ningún motivo, porque no se debe olvidar que en la época del Holocausto se exterminaron también a gitanos, homosexuales, afrodescendientes, Testigos de Jehová, disidentes políticos, discapacitados y otras minorías.

Es tremendamente triste y doloroso que existan negadores de este genocidio que es el más documentado en la historia de la humanidad, pero aún así, hay negadores -que son de los peores inhumanos- que no descansan en su odio. Por eso una calle con su nombre será una nueva manera de incentivar a estudiar e investigar la verdad de lo que ocurrió durante la Shoá.

Además, y muy especialmente es una zona muy cercana al Memorial del Holocausto del Pueblo Judío que se erige en la Rambla y tendría una conexión y simbolismo excepcionales.

Sería un digno recordatorio para no olvidar lo que ocurrió, por el presente por el futuro, por el “nunca más” y que ese mensaje se transmita de generación en generación.

Sitio web: **www.anavinocur.com**

Estuvo al frente del Centro Recordatorio del Holocausto de Uruguay y Museo de la Shoá de Uruguay desde sus inicios, institución que llevaba en el alma:

www.centroshoa.org.uy